

«Los sectarios de Mahoma, dice Masdeu (t. 12, lib. 1.º), que tuvieron su principio en la Arabia en el año de seiscientos veinte y dos, dilataron en breve tiempo sus errores y dominios por los estados de la Siria, Persia y Egipto, y consecutivamente por toda el Africa, con tanta rapidez que ya en el año de seiscientos noventa y siete eran dueños de las costas de Berberia, desde donde volvieron luego los ojos al continente de España. Por el nombre de su primera patria, se llaman *Arabes*: por el de su malvado maestro, *Mahometanos*; por los de Ismael y Agar, sus progenitores, *Ismaelitas y Agarenos*; y porque viniendo á nuestra Península, salieron de la Mauritania, los apellidamos *Moros*. Del nombre que tienen de *Sarracenos*, no se sabe con certeza el origen: pues unos, aunque sin fundamento, lo derivan de *Sara*, esposa del patriarca Abraham; otros de *Sárac*, que significa robar; otros de la voz arábiga *Scharc*, sinónima de Oriente; quién del verbo *Scharac*, que es mezclar; quién de *Saraini*, lo mismo que campesinos; quién de *Sahara*, que dicen significa desierto; y quién de *Saraca*, nombre propio de un pequeño lugar de Arabia. A sus soberanos en diferentes tiempos y lugares, han dado varios títulos: el de *Sultan*, el de *Malec*, el de *Emir* y el de *Al-Emir-Muslin*, que corresponde al de *príncipe de los fieles*, de donde se originó el nombre corrompido de *Miramamolín*, propio de los reyes de Marruecos y de los de España; pero el título más respetado y más antiguo es el de *Califa*, que se dió á los herederos y sucesores de Mahoma, cuya corte estaba en la Siria en la ciudad de Damasco.—El primer desembarco de árabes en nuestras costas, es cierto que fué anterior al reinado de don Rodrigo, pues ya de mucho tiempo antes talaban la provincia con escursiones como aseguran Isidoro de Beja y el continuador del Biclarense, escritores de aquella misma edad. Mas no por esto debe abrazarse la opinion de Balucio, que los mete hasta dentro de Cataluña desde el año de seiscientos noventa y tres: y mucho menos la de Elmacino y del marqués de Mondejar, que suponen ejecutadas sus primeras escursiones aun veinte y siete años antes. El desembarco más antiguo, de que nos

queda noticia, es el que hicieron por testimonio del Pacense en el último ó penúltimo año del siglo VII, cuando fueron derrotados por nuestro general Theudimero, bajo el reinado de Egica y Witiza; y es muy natural que por este tiempo comenzasen, ó muy poco antes, porque no es creible que acometiesen á España, sino despues de tener asegurados sus nuevos dominios de Africa.»

Ya en tiempo del rey Wamba, dice un historiador, habian hecho una seria tentativa sobre las playas españolas los hijos del desierto; tentativa que la energia de aquel monarca godo habia logrado frustrar con la destruccion de la flota sarracena. Mas no por esto renunció á sus proyectos el pueblo mahometano, y tanto más se estimularia á llevarlos á cabo cuanto que los descontentos españoles fueron á escitar á ello, segun Conde (1), á Muza ben Nuseir, gobernador de Africa, á quien á su vez estimulaban también los moradores de Tanger y otros africanos, ponderándole el delicioso temperamento de España, su claro y sereno cielo, sus muchas riquezas, la calidad y virtud maravillosa de sus plantas y frutos, la sucesiva bondad del tiempo en todas las estaciones, sus oportunas lluvias, sus rios y copiosas fuentes, los magníficos restos de sus antiguos monumentos, sus vastas provincias, sus muchas y ricas ciudades; en suma, le decian que las amenidades de España no las podia igualar ni expresar el más elegante discurso, ni en la carrera de sus escelencias habia quien se la adelantase, que en esta competencia aventajaba á todas las regiones de Oriente y Occidente; que España era Siria en bondad del cielo y tierra, Yemen ó Arabia feliz en su temperamento, India en sus aromas y flores, Hegiaz en sus frutos ó producciones, Catay ó China en sus preciosas y abundantes minas, y Adena en las utilidades de sus costas. A estas escitaciones agregábanse probablemente los manejos de los judíos. Ya en el reinado de Egica se averiguó que estos se habian concertado con los de Africa para perder el reino; y así no es de

(1) Historia de la dominación de los árabes en España, t. 1, l. 1, c. 8.

extrañar que atendidas las rigurosas medidas que contra ellos se tomaron, y que temerosos de que se revocara por Rodrigo lo que en favor de ellos habia mandado Witiza, instigaran de nuevo á los musulmanes y aun se ofrecieran á ayudarles á derrocar el poder de los godos, siendo una prueba de que obraban ya de acuerdo los sectarios de Mahoma y los llamados secuaces de la ley de Moisés la confianza que de ellos hicieron los sarracenos al tiempo de la conquista.

No necesitaba tanto Muza, y así animado con la esperanza de tan bella conquista escribió al Califa Walid (Al-Valid) que ocupaba el trono de Damasco, el cual entusiasmado con la idea de que se extendiese en lo último del Occidente la ley de su falso profeta, aplaudió el proyecto y envió amplios poderes á Muza para que lo llevase á cabo. Cauto sin embargo Muza envió primero á Tarif, caudillo africano, con quinientos hombres de caballería (cien árabes y cuatrocientos berberiscos) en cuatro grandes barcos, para que explorasen el terreno. Arribaron estas tropas á la opuesta orilla, desembarcaron en el sitio que del gefe de esta primera expedicion se llamó Tarifa; desembarcó que segun Conde se efectuó en la luna de Ramazan, año 91 de la egira, (mes de julio del año 710); recorrieron algunos pueblos del litoral, tomaron ganados y gente sin que nadie se les opusiese, y con esta presa y feliz suceso torció Tarif (Conde le llama Taric; Tareco, Masdeu) á Tanjer con sus caballeros, y fueron recibidos con general contento de sus compañeros, como es de suponer.

Miró Muza el buen éxito de esta primera tentativa como feliz presagio de la futura prosperidad de sus armas en España, y así con la mayor diligencia y presteza dispuso una nueva y más numerosa expedicion para la primavera siguiente. Todos los árabes querian formar parte de ella, y así formado un ejército de doce mil berberiscos y algunos centenares de árabes, y aderezadas las naves necesarias para el transporte, encargó el mando de estas tropas al caudillo africano Taric ó Tarik ben Zeyad, dejando en su lugar en Tanjer á su propio hijo Meruan ben Muza. Dispuesto ya todo, y

hay quien dice, que guiados por el conde Julian, atravesaron el estrecho y desembarcaron en una península cubierta de verde que por eso llamaron *Algezirah Alhadra* (isla verde, hoy Algeciras). Pasó Tarik á fortificarse en el monte Calpe, que desde entonces se llamó *Gebal Tarik* (monte de Tarik, hoy Gibraltar). Fué esto el día de jueves cinco de la luna de regeb del año 92 de la egira (fines de abril de 711).

Ya los cristianos alarmados con la primera invasion vigilaban la costa, mandados por Teodomiro (Tadmir dicen los árabes), gefe superior de Andalucía; pero no teniendo disponibles más de unos mil doscientos á mil setecientos ginetes, aunque se presentó con arrojo á hacer frente al enemigo, vieron envueltos y acuchillados por los árabes que eran muchísimos más en número. Cuéntase que entonces escribió Teodomiro al rey Rodrigo la siguiente carta: «Señor, aquí han llegado de la parte de Africa gentes enemigas, yo no sé si del cielo ó de la tierra; yo me hallé acometido de ellos de improviso: resistí con todas mis fuerzas para impedir su entrada; pero fuéme preciso ceder á la muchedumbre y al ímpetu suyo: ahora á mi pesar acampan en nuestra tierra. Ruégoos, señor, pues tanto os cumple, que vengais á socorrernos con la mayor diligencia y con cuanta gente se pueda allegar: venid vos, señor, en persona, que será lo mejor.»

Esta inesperada nueva llenó de espanto á Rodrigo, que segun Al-Makari se hallaba ocupado en sujetar á los cántabros, y reuniendo sus gentes de consejo y de guerra, hizo levadas con ayuda de los condes y prebendados á los cuales dicese se agregaron los mismos hijos y parciales de Witiza con el metropolitano Oppas, fingiendo deponer sus rivalidades y querellas interiores para resistir á los invasores extranjeros. Tal vez aquellos sintieron reanimarse en su pecho el amor patrio, ó se imaginarian que derrotado y destronado que fuera Rodrigo, satisfarianse los árabes con alguna parte del territorio español ó con algun tributo. Rodrigo envió delante de sí la flor de su caballería, y tuvo esta varias escaramuzas con los árabes, los cuales al mando de Tarik recorrían las tierras de Algeciras y Sidonia hasta las

márgenes del Guadiana (*Al Uadi Anas*, río Anas) difundiendo por do quiera terror y espanto. Noticioso Tarik de los preparativos que contra él hacia Rodrigo, pidió refuerzos á Muza, el cual le envió otros cinco mil ginetes africanos, á los cuales se agregaron algunos judíos. Con este refuerzo, y habiendo hecho Tarik quemar las naves que á él y á su gente habían traído, como para persuadir á los suyos de que ya no les quedaba mas partido que vencer ó morir, salió en busca del ejército cristiano mandado por Rodrigo, que se hallaba ya en Andalucía. Componíase de unos noventa mil hombres; pero gente allegadiza en su mayor parte y mal armada, habiéndoseles incorporado Teodomiro con su gente. Los caudillos árabes reunieron sus banderas y se congregaron las tropas de caballería que corrían la tierra. Juntos ya los musulmanes ó musulimes (es decir, creyentes, título que se daban los mahometanos), ordenó Tarik sus escuadrones, los preparó y llenó de confianza para dar batalla á los cristianos. Avistáronse, pues, ambas huestes enemigas á orillas del Guadalete, cerca de donde hoy está Jerez de la Frontera, un domingo, dos días por andar de la luna del ramazan (fines de julio de 711). «Temblaba bajo sus pies la tierra, dicen los historiadores árabes, y se estremecía, y resonaba el aire con el estruendo de los atambores y añafires, y con el sonido de guerreras trompas, y con el espantoso alarido de ambas huestes.»

Al rayar el día principió esta tristemente memorable batalla que había de sujetar la España á la dominación musulmana. Moros y cristianos se arremetieron con igual brío y saña, y manteniéndose la lucha con igual constancia por ambas partes y sin ventaja alguna, duró la matanza hasta que la noche vino á poner tregua á tan terrible combate. Venido el día siguiente principió de nuevo la batalla con encarnizado furor, «y el horno del combate, dicen las crónicas árabes, permaneció encendido desde la aurora hasta la noche.» «Como al tercero día, prosiguen (1), de la sangrienta lid

(1) Conde, p. 4, c. 10.

viese el caudillo Tarik que los musulimes decaían de ánimo y cedían campo á los cristianos, se alzó sobre los estribos, y dando aliento á su caballo, les dijo: «¡Oh musulimes! vencedores de Almagreb! ¿á dónde vais? ¿á dónde vuestra torpe y desordenada fuga? El mar teneis á las espaldas y los enemigos delante; no hay mas remedio que en vuestro valor y en la ayuda de Dios; haced caballeros, como me veais hacer.» Y diciendo esto arremetió con su feroz caballo y atropellando á derecha y á izquierda cuantos se le ponían delante llegó á las banderas de los cristianos y conociendo al rey Ruderic (Rodrigo) por sus insignias y caballo, le acometió y le pasó de una lanzada, y el triste Ruderic cayó muerto... A ejemplo de su caudillo rompieron y desbarataron los musulimes á los cristianos que con la muerte de su rey y de otros de sus principales caudillos se desordenaron y huyeron llenos de terror. Los árabes siguieron al alcance con su caballería, y la espada musulímica se cebó en ellos por mucho espacio y murieron tantos que solo sabe cuántos, Dios que los crió: acabóse la batalla y alcance de Guadalete el día 5 de la luna de jawal del año 92 de la egira (viernes 31 de julio de 711). Los árabes añaden que Tarik envió á Muza la cabeza de Rodrigo como trofeo de la victoria. ¿Qué fué lo que infundió tanto ánimo á los árabes cuando iban ya de vencida? ¿Fué solo la arenga de Tarik, ó fué acaso la defección de los hijos de Witiza, del prelado Oppas y sus parciales que vieron llegado el caso de consumir su traición y su venganza, y abandonaron á Rodrigo ó se pasaron á los árabes? Muchas crónicas lo afirman y así inducen á sospecharlo los antecedentes, aunque otras lo nieguen y algunas de los árabes lo omitan. No desmayó por eso Rodrigo; pero fueron vanos sus esfuerzos; estaba de Dios que España había de sufrir esta terrible prueba. Murió pues peleando cuerpo á cuerpo con Tarik, á estar á la relación de los árabes, aunque no faltan historiadores que digan, unos que murió ahogado con su caballo Orelia en las aguas del Guadalete; otros, que se salvó, y huyendo á Lusitania pasó allí el resto de sus días haciendo penitencia, habiendo

contribuido á apoyar esta opinion el sepulcro que dos siglos despues se halló en Viseo con la siguiente inscripcion: *Hic requiescit Rudericus, ultimus Rex Gothorum.* Como quiera que sea, ello fué que la tierra quedó cubierta de cadáveres y las aguas del río tintas en sangre noble: por mucho tiempo se vieron en los campos los despojos, las rotas armaduras y los huesos blanquecinos de los godos.

¡Cuánto yelmo quebrado!

¡Cuánto cuerpo de nobles destrozado (1)!

Así perecieron las leyes y libertad de España; al impetuoso soplo del viento africano cayó derrumbado el imperio de tres siglos, y el estandarte del falso profeta Mahoma tremolará orgulloso en las basílicas cristianas convertidas en mezquitas, y costará ocho siglos de lucha el abatirle. ¡Oh! ¿y quién podrá espresar el quejido de dolor que resonó en toda España á vista de tan extraordinaria catástrofe? Oigamos cómo cinco siglos despues de esta pintaba el rey Sábio el *Llanto de España* en estos tan tiernos y patéticos sentimientos espresados en el idioma de su tiempo: «Despues que la batalla fué acabada, desaventuradamente fueron muertos los unos é los otros... E fincara toda la tierra vacía del pueblo, bañada de lágrimas, complida de apellido, huésped de los estraños, engañada de los vecinos, desamparada de los moradores, viuda é asolada de los sus hijos, confundida de los bárbaros, desmedrada por llanto é por llaga, fallestida de fortaleza, flaca é de fuerza, menguada de conorte, asolada é de los suyos.... España, que en otro tiempo fué llagada por espada de los romanos, despues que guaresciera, é cobmenzara por melezina é bondad de los godos, entonces era quebrada, pues que eran muertos é aterrados quantos ella criara. Olvidados le son sus cantares, le su language ya tornado es en ageno, ó en palabra estraña.... España mezquina cató la su muerte; fué cuitada, que solamente non fincó aqui menguno que la llantée; llaménla dolorida, é mas muerta que viva. Suená la su voz así como

(1) Fr. Luis de Leon, Oda.

en el otro siglo, é sale la palabra así como de so tierra; é diz con la gran cuita: Los omes que pasades por la carrera, parad mientes, é ved sy hai cuita nin dolor que semeje con el mi dolor. E llantos dolorosos é alaridos España lloró. Los sus ojos non se pueden conortar, porque ya non son. Las sus casas, é las sus moradas todas fincaron yermas é despo-bladas. La su honra, é la su prez tornada es en confusion, cá los fijos é los sus criados todos murieron á espada. Los nobles sijodalgos cayeron en captivo. Los principes é los altos omes idos son en deshonra y en denuesto: los buenos combatientes perdiéronse en estremo, é los que antes estaban libres, entonces se tornaron en siervos.... El que fué fuerte y corajoso murió en la batalla; el corredor é ligero de pies non guaresció á las saetas.... ¿E quién daría á mi agua, con que toda mi cabeza fuese bañada, é mis ojos fuentes, que siempre manasen lágrimas, porque llorasen é plañiesen la pérdida, é la muerte de los de España, é la mezquindad, é el terramiento de los godos? Aquí se remató la santidad é religion de los obispos é de los sacerdotes; aquí quedó é menguó el abondamiento de los clérigos que servían las iglesias; aquí peresció el entendimiento, é el enseñamiento de las leyes de la santa fé, é los padres é los señores todos perescieron en uno.... Toda la tierra as-tragaron los enemigos, é las casas hermaron, los omes mataron, las cibdades robaron é tomaron.... Quanto mal sufrió aquella Babilonia, que fué la primera é mayoral en todos los reynos del mundo, cuando fué destroida del rey Ciro é del rey Darío.... é quanto mal sufrió Roma, que era señora de todas las tierras, cuando la tomó é la destroyó Alarico, é despues Ataulfo, rey de los godos, é despues Genserico, rey de los vándalos; é quanto mal sufrió Jerusalem, que segun la profecía de Nuestro Señor Jesuchristo fué derribada ó quemada, que non fincó piedra sobre piedra; é quanto mal sufrió aquella nombre de Cartago, cuando la tomó é la quemó Scipion, cónsul de Roma; dos tanto mal, é mas que aquesto sufrió la mezquina de España, desamparada, cá en ella se ayun-

»taron todas estas coitas, é tribulaciones.... (1).»

Gran placer experimentó Muza al recibir la noticia de la acción del Guadalete y del triunfo de las armas musulmanas, y escuchar la relación que de todo le hacía el enviado de Tarik. Mostróse complacido y ofreció enviar la cabeza de Rodrigo al califa Walid. Pero envidioso de la gloria que entre los suyos había alcanzado Tarik, cuya fama corría en África de boca en boca, y temeroso de que eclipsara la suya, no solo calló el nombre del vencedor y se atribuía á sí propio toda la gloria del triunfo, al dar al califa el parte de ese gran suceso, sino que resolvió él mismo pasar á España. Mientras organizaba sus huestes y hacia los demás preparativos, envió orden á Tarik para que no pasara adelante, sino que suspendiera todo movimiento hasta que llegara él con refuerzos para que no se malograra lo hasta entonces ganado. Penetró Tarik los designios de Muza; pero á fin de no aparecer desobediente reunió el consejo de oficiales, manifestóles la orden del wali ó gobernador de África y les dijo viesen lo que convenia hacer. A todos pareció que no era bien perder tiempo tan precioso. Entre otros, dicen los historiadores árabes, habló Julian el cristiano (el conde Julian) y aconsejó á Tarik, diciéndole: «Puesto que ya venciste al grande ejército de los godos y los principales señores cristianos que asistieron con su rey en la batalla de Guadalete se han esparcido, no debes perder este tiempo en que todavía llevan en sus corazones el terror de tus armas; persiguelos ahora sin darles espacio ni lugar; porque si se recobran, fácil cosa es que se rehagan y alleguen nuevas gentes, y se concierten y animen las atemorizadas tropas: así que sin tardanza debes penetrar á las provincias y ocupar las principales ciudades, que en siendo dueño de ellas, y en especial de la capital, ya nada hay que temer.» A todos parecieron bien estas razones y las esforzaron tanto que Tarik, que no deseaba otra cosa, ordenó luego las haces y distribuyó

(1) Crónica de España por D. Alfonso el Sábio, pág. 202 y sig.

las banderas, y mandó pasar alarde de su hueste, y alabando su valor por lo pasado y exhortándolos á nuevas victorias ordenó que las tropas se abstuviesen de ofender á los pueblos pacíficos y desarmados; que solo persiguiesen á los que tuviesen armas, favoreciesen y tomasen parte en la guerra y constante defensa del país; que no robasen ni apartasen despojos sino en campo de batalla, ó en entrada por fuerza en las ciudades enemigas. Dividió su ejército en tres cuerpos; el primero al mando de Mugeiz el Rumi (el romano), y lo envió á Córdoba; el segundo, al de Zayde ben K-sadi el Sek-seki, para tierra de Málaga; y el tercero, al del mismo Tarik, marchó para lo interior del reino por tierra de Jaén á Tolaitola, que así llamaban los moros á Toledo, sin duda por oír á los cristianos llamarle «urbs toletana», así como de Astigi (Écija) hicieron Estija, de Cesaraugusta (Zaragoza) Sarcusta, y de Spali (Sevilla) Esbilía. El primer cuerpo al mando de Zayde tomó á Écija después de alguna resistencia de los cristianos, impúsoles tributo, encargó la guarnición de la plaza á los judíos y á algunos árabes, tomó luego sin dificultad á Málaga y Elvira, y después de armar á los judíos y procurar inspirar confianza á los pueblos, marchó á incorporarse en Jaén con la división de Tarik, según tenían acordado. A su vez Mugeiz el Rumi con su división, acampó delante de Córdoba. Intimóla se rindiese y aceptasen sus moradores las condiciones y seguridades que les ofrecía; que sometiéndose al tributo estarían seguros en sus personas y posesiones; que el tributo era leve y el furor y la saña de las tropas vencedoras sería terrible; que no se obstinasen en su resistencia con vanas esperanzas; que hiciesen como otras muchas ciudades que se habían entregado á la generosidad de los árabes, redimiendo á poca costa el derramamiento de su sangre; que no esperasen socorro, pues todo estaba ya en manos del vencedor. No dieron asenso á estas propuestas los de Córdoba, donde se habían retirado algunas tropas, restos del ejército de Rodrigo. Informado Mugeiz de la poca gente que había en la plaza y de que la muralla tenía fácil entrada por la parte del río, aprovechóse de la oscuridad de la noche y

pasó el río á nado con mil caballos que llevaban en la grupa otros tantos peones. Con el mayor silencio y presteza se apoderaron de la parte flaca de la muralla, degollaron los guardias que allí había, y abriendo luego la puerta inmediata entraron los sarracenos antes de rayar el día, sembrando por do quiera el terror y espanto. El gobernador de la plaza con unos cuatrocientos hombres se acogieron á un templo y se fortificaron en él, y allí se defendieron denodadamente durante muchos días. Viendo el jefe árabe que no se rendían, mandó prender fuego al templo, y así perecieron cuantos en él estaban encerrados, quedándole desde entonces á aquel lugar el nombre de *iglesia de la Hoguera*. Mugeiz, dueño ya de la plaza, la impuso tributo, cogió rehenes á su arbitrio, confió también una parte de su guarnición á los judíos, dejó el gobierno de la ciudad á los más principales de ella y salió á recorrer los pueblos de la comarca para mantener en ellos el temor de la invasión y de la victoria, llenando de asombro al país á vista de tanta actividad y de tan rápidos movimientos.

Mientras esto pasaba en Córdoba, Tarik, á quien ya hemos dicho se había reunido Zayde, marchó hacia Toledo, corte de los visigodos; y apenas encontró en su marcha tropiezo alguno, pues la derrota del Guadalete había difundido el temor y esto hacía ponderar el valor y número de las tropas árabes. Los nobles y el clero, al saber se aproximaban los musulmanes, huían despavoridos, andaban dispersos los soldados y las familias abandonaban sus hogares. Así pues, aunque la posición de Toledo la hacía muy á propósito para la defensa, había quedado en ella poca gente, y llenos de desaliento y faltos de víveres los toledanos, á los pocos días del sitio pidieron capitulación á Tarik. Recibió este con bondad y firmeza los parlamentarios y concertóse la entrega de la plaza con las condiciones siguientes: que habían de entregar todas las armas y caballos que hubiese en la ciudad; que de esta se pudiesen retirar libremente los que no quisieran quedar en ella, pero que perderían sus bienes; que los que permaneciesen en ella serían dueños pacífica é inviolablemente de sus casas y posesiones, si bien sujetos á un

moderado tributo, y gozarían del libre ejercicio de su religión y el uso y conservación de sus iglesias; pero que no podrían edificar otras sin permiso del gobierno, ni hacer procesiones públicas; en fin, que se gobernarían por sus propias leyes y jueces, si bien no impedirían ni castigarían al que se quisiera hacer musulmán. Con estas condiciones se entregó Toledo y entró Tarik en la ciudad, y con su guardia ocupó el palacio del rey, que estaba en una altura sobre el río, y allí encontró el caudillo moro grandes tesoros y preciosidades, y entre ellas, cuentan las crónicas árabes, halló veinticinco coronas de oro guarnecidas de jacintos y piedras preciosas, pues dicen era costumbre que después de la muerte de cada rey que reinaba en España se colocaba allí su corona y escribían en ella el nombre de su dueño, su edad y los años que había reinado, y veinticinco habían sido los reyes godos de España hasta el tiempo de esta conquista. Así dice Conde; pero el señor Lafuente no reputa verosímil fuesen veinticinco las coronas, pues dice que desde Leovigildo, primer rey godo de quien se sabe que usara corona, hasta Rodrigo apenas pueden contarse diez y siete reyes.

Al narrar las escursiones de Tarik habíamos dejado al wali Muza preparando una expedición contra España, así para oscurecer entre los suyos las glorias de Tarik, como para castigar la desobediencia de este y de sus tropas á la orden que les había dado de no pasar adelante hasta que él llegara con refuerzos. Reunió pues tropas en número de unos diez mil caballos y ocho mil infantes entre árabes y africanos, dejó encargado á su hijo Abdelaziz el gobierno de África, y con sus otros dos hijos Abdellola y Meruan, muchos caballeros de la tribu Coraix y otros árabes principales, juntamente con las demás tropas pasó el estrecho y desembarcó en Algeciras, en la luna de regeb del año 93 de la egira (712). Llegado á España y sabedor de los adelantos de Tarik indignóse mucho y resolvió hacer sus escursiones por donde no hubiera ido este caudillo, aprovechándose de algunos cristianos que dicen las historias árabes le sirvieron de guías fieles que nunca le engañaron. Recorrió el condado de Niebla, pre-